

metidas en San Luis por Miramon contra varios ingleses; por todas partes aparecian nuevas conspiraciones y las cárceles se llenaban de presos políticos en México; el país se hundia en la anarquía quedando como única tabla de salvacion contra tanto desorden el cumplimiento del Código fundamental.

El guerrillero Carbajal se hacia cada vez más temible y la reaccion sufrió con la muerte de Osollo un terrible golpe, suceso que llenó de contento al partido constitucional. Los sucesos vinieron tomando un sesgo que claramente decia que no era ya cuestion política sino social la que se debatía, y queriendo los reaccionarios hacer un esfuerzo celebraron con ayuda del clero un empréstito de un millon de pesos con condiciones onerosas para la Nacion. La ocupacion de la plaza de San Luis por las fuerzas de Zaragoza, mientras las reaccionarias habian ido con Miramon á socorrer á Guadalajara, fué un acontecimiento trascendental y de fatales consecuencias para éstas que perdieron una importante base de operaciones. Atribuyéndose á los ministros la dificultad de vencer á los constitucionales, organizó Zuloaga un nuevo Ministerio, llamó á Relaciones al Sr. Joaquin Castillo y Lanzas; á Gobernacion al Sr. Manuel Fernandez de Jáuregui; á Justicia al Padre D. F. Javier Miranda; á Guerra al general J. M. García, á D. Pedro Jorriñ á Hacienda, y encargó del de Fomento á D. Miguel Saldívar; el color político, las tendencias del nuevo Ministerio comprendíanse perfectamente, con solo leer entre sus nombres el del Padre Miranda; pertenecian á la esencia del retroceso, de la intolerancia y del fanatismo, y no ofrecian otro programa «que usar una política más enérgica.» Este cambio se hacia cuando la causa de la legalidad se mostraba imponente y se temia su triunfo, por la fé y la constancia de los que la defendian.

Nadie podia desconocer á lo que México se exponía sin Constitucion y sin leyes, siendo el juguete de la voluntad de algunos, y teniendo que llorar las familias la pérdida de su honor ó de sus intereses; una mirada sobre los campos de ruinas y de incendios, sobre los lagos de sangre en los pueblos que quisieron oponer la ley á la fuerza, bastaba para comprender que el estado que guardaba México tendria que cambiar, no siendo posible á ninguna sociedad seguir por largo tiempo situacion tan anormal y humillante. El nuevo Gabinete creyó corregir los desmanes creando por un decreto la policía rural costeada por los propietarios que, como fácilmente se alcanza, huyeron de tantos compromisos que la ingerencia en ese asunto pudiera traerles; fué dada la orden de que se recogieran por las autoridades todas las armas de municion, y apareció una ley sobre conspiradores, por la cual eran declarados traidores á la Patria los que para resistir ó hacer la guerra al gobierno solicitaran de cualquier modo el auxilio de extranjeros ó aceptaran el que les dieran; consideraba enemigos de la administracion á los que se sublevaran contra de ella, cualquiera que fuese el pretexto que tomaran, y á las autoridades ó empleados sustraídos de su obediencia; debian ser tratados como conspiradores los que facilitaran armas ó cualquier auxilio á los constitucionales, y los que de palabra ó por escrito promovieran sediciones, arreglaran pronunciamientos ó procuraran desvirtuar las medidas gubernativas, auxiliaran con noticias ó de otro cualquier modo á los sublevados, y los que de palabra ó por escrito propagaran noticias falsas ó alarmantes en favor de la sedicion; para la mayor parte de los casos era señalada la pena de muerte, el confinamiento ó la expatriacion, y se sustanciaban los juicios con procesos muy rápidos que no podrian durar en ningun caso más de ocho días, admitiéndose pruebas semiplenas, y señalábanse penas para las autoridades que no cumplieran con la ley; esta fué una sentencia de muerte para la sociedad, y trajo á la administra-

cion reaccionaria inmenso cúmulo de males, pues por cada víctima que sacrificaba su furor aparecian miles de guerreros para vengarla.

Imbuidas en sus limitadas ideas y no pudiendo concebir un más allá las personas que rodeaban á Zuloaga, creyeron posible sacrificar á la Nacion en aras de la intolerancia y de los intereses de partido, y únicamente hicieron el bien de dar á los sucesos un carácter marcado, cuyo éxito solo se detuvo por la fortuna que acompañó al caudillo Miramon, quien desalojó de Guanajuato á los federalistas á poco de haberlo ocupado Aramberri. Los Estados se hallaban en pleno levantamiento contra la reaccion, siendo el de Puebla el que más sufría, y en su capital fué descubierta una conspiracion que iba á estallar acaudillada por el cabecilla Bañuelos. De todos sospechaba la policía secreta y seguía los pasos á los que no eran reaccionarios: para ser preso bastaba el indicio más pequeño, hasta llevar dinero en el bolsillo. No era halagüeño tampoco el aspecto de las poblaciones donde dominaban los constitucionales: en muchas les era imposible á los gefes cumplir sus deseos de que no cometieran desmanes los que peleaban por restablecer la ley y la moralidad, habiendo necesitado Zuazua, en San Luis, expedir un decreto condenando á muerte á todo reo que cometiera un atentado contra la propiedad, y tambien disgustaban á los pueblos con los préstamos, indispensables para sostener las tropas; sin embargo, el partido emanado del Plan de Tacubaya no poseía más que el terreno que pisaban los soldados que lo sostenian; los caminos estaban interceptados, y en los puntos donde parecia fácil la defensa reuníanse los libres y formaban el apoyo de las columnas móviles. Algunos liberales trataron de que concluyera la guerra civil por medio de una transaccion y la propusieron á D. Santos Degollado, creyendo posible que se avinieran dos partidos esencialmente opuestos, y que cada día se alejaban más, mediando un mar de sangre y de venganzas; los encuentros se multiplicaban y en ellos siempre se recrudecian los odios.

Insistía la prensa reaccionaria en que era necesario hacer efectivo el bloqueo de Veracruz para dar una solucion definitiva á la política, y que para ello podrian comprarse buques en la Habana. A más de las bayonetas usó el partido conservador de otras armas, introduciendo la division y la envidia entre los constitucionales: aseguraba á cada paso que Vidaurri preparaba todo para ser Presidente de la República, que varios caudillos liberales despreciaban al gobierno de Veracruz por la inaccion en que habia entrado, cuando precisamente la reaccion sentía la actividad y la perseverancia que mostrara el partido liberal, cuyos agentes, ya repartían dinero en las poblaciones populosas á los que querian engrosar las filas de los suyos, ya esparcían impresos ó hacían demostraciones para sostener la alarma; fuera de México cruzaban el país en todas direcciones, fundían las campanas para hacer cañones y usaban, en justa represalia, el oro y plata de los templos para costear los gastos de la guerra, y en Julio (1858) eran sacados de San Luis por Vidaurri considerables recursos para organizar las fuerzas; pero las arbitrariedades cometidas por este gefe y otros, cuyas pretensiones eran exageradas, alarmaron al Presidente Juárez y trajeron el desconcierto y la anarquía que hicieron revivir las esperanzas de los reaccionarios. Los gobernadores liberales legislaban sobre asuntos de interes general y el de Chihuahua, con la legislatura, llegó á conceder á una compañía privilegio exclusivo para construir un camino de fierro interoceánico bajo las bases señaladas en el decreto.

La carencia de recursos y el desorden que entre los reaccionarios guardaban los asuntos hacendarios, eran los peores enemigos para la subsistencia de la causa del retroceso:

había fondos especiales para los diversos ramos y apoyándose en esa confusión los especuladores percibían dos, tres y aun cuatro dotaciones; con los permisos especiales protegía Zuloaga al gobierno liberal, y por esto, habiendo concluido el plazo dado para la internación de los efectos que se encontraban en Veracruz, declaró el general Echeagaray haber cesado las comunicaciones con el puerto desde el 30 de Agosto. El gobierno de Veracruz procuraba captarse la benevolencia de los Estados-Unidos y ser reconocido por ellos, logró que pidiera sus pasaportes el ministro Forsyth, y se preparaba por el presidente Buchanan la política, de manera que no apareciera protegiendo directamente al partido liberal por el que estaban sus simpatías. La multitud de combatientes que por todas partes brotaban, hizo temer á los reaccionarios ménos obcecados que fuera imposible el triunfo de sus ideas, y trataron con algunos liberales que estaban por una transacción, para que se restableciera la Constitución de 1824; á ello se opusieron los que veían que á este Código ya le había pasado su época y que el único legal era el de 1857, conociendo que era muy tarde para retroceder y esterilizar la sangre derramada y los triunfos adquiridos. En los periódicos de Monterey, Zacatecas, S. Luis, Aguascalientes y Veracruz, aparecían diariamente producciones que despertaban á los pueblos del letargo en que estuvieron sumergidos, predicaban la libertad religiosa y política haciendo por sí solos más de lo que se atribuyó á las armas. Pero había mucho que temer aún de la decisión y energía de los reaccionarios y de los recursos y la fuerza moral que les daba el clero. Concentradas en S. Miguel de Allende las fuerzas de Miramon, llevando la vanguardia el gefe Mejía, marcharon sobre S. Luis y entraron á esa ciudad á mediados de Setiembre.

Las conspiraciones hechas por los liberales no cesaban y una de ellas fué descubierta en la capital el 15 de Setiembre; estas pruebas y otras que significaban estar vigoroso el espíritu de libertad, determinaron al gobierno de Veracruz á desechar las proposiciones que le hacían agentes particulares de los Estados-Unidos sobre prestarle protección, mientras que el bando contrario no se acogiera á bandera extraña, pues ya se daba como un hecho cierto la intervencion de Inglaterra, Francia y España en nuestros asuntos. Las grandes masas de constitucionalistas que sin cesar se levantaban, entre las cuales era mayor la capitaneada por el gefe Antonio Carbajal, y los actos de crueldad que algunas de esas fuerzas cometían, dieron apoyo á la determinación del gobierno de Zuloaga para aplicar á los aprehendidos, las penas como á reos de delitos comunes sin concederles carácter político alguno, y además del cargo que á todos los gefes liberales se les formulaba como perturbadores de la paz pública, se les hacían otros por los robos, asesinatos é incendios cometidos por las fuerzas que acaudillaran y se declaró que para la reparación de los daños la responsabilidad pecuniaria era «in solidum.» Estas disposiciones en nada influyeron para contener el aumento de las fuerzas constitucionalistas, que continuaron sufriendo derrotas, siendo de más importancia el triunfo obtenido por Miramon en las inmediaciones del pueblo de Ahualulco, cuyo suceso fué celebrado en México de mil maneras: Zuloaga decretó una cruz y un escudo de honor para los que estuvieron en la batalla y una espada para Miramon. El placer que tal acontecimiento causó fué disminuido por el reves que sufrieran en Jalisco las fuerzas del general Casanova, en el desfiladero llamado «Cuevitas,» salvándose casualmente ese gefe. La derrota de Ahualulco fué de tal carácter, que detuvo por dos años la caída de la reacción que no encontraba otro punto de séria resistencia que Veracruz, sobre el cual dirigió todos los esfuerzos y los elementos con que contaba.

Sin embargo, en esa época en que los conservadores estaban en mayor pujanza, en Octubre de 1858, vióse que la capital era atacada por tres mil constitucionalistas procedentes de Morelia, cuya marcha no supo Zuloaga hasta que estaban ya á las puertas de México; venían mandados por el general Lic. Blanco, quien ocupó el cerro de Chapultepec, atacó á la garita de la Tlaxpana, defendida por los alumnos del Colegio Militar y se retiró ante el empuje que con algunas fuerzas hicieron los gefes Perez Gomez y Piña; también fueron desalojados los liberales de los puntos de San Pedro y San Pablo y la Merced, donde se habían hecho fuertes bajo el mando del general D. José J. Alvarez: venían confiados en que dentro de la capital habría un movimiento revolucionario; pero notando que no se efectuaba, se retiraron por el rumbo de los Remedios, en secciones, llevándose muchas de las barras de plata que habían sacado de Morelia, y dejaron otras guardadas en la casa del Sr. Perry. En compañía de los que se retiraban partió el Sr. D. Miguel Lerdo de Tejada, que residía en Tacubaya. La capital era el foco donde se agitaban todos los que habían sido expulsados de los Departamentos, cobrando aliento los partidarios de la ley por haber caído Guadalajara en poder de D. Santos Degollado, casi á fines de Octubre, despues de mantener un largo sitio en que las minas destruyeron gran parte de la ciudad; en esa vez fué ahorcado del balcon principal del obispado, el coronel Piélagos y en otro de una casa particular el gefe de policía Monayo, y Blancarte fué matado por el gefe Rojas; también los liberales derrotaban á Vicario por el Sur de México, el temible guerrillero Carbajal tomaba á Pachuca y en los últimos meses del año no tenía más esperanza el partido reaccionario que la fundada en Miramon cuya energía, actividad y constancia eran admiradas aun por los mismos contrarios, y en el auxilio del coronel Robles que logró penetrar á la República desembarcando cerca de la Antigua, y tomó parte desde luego en el sitio de Perote, cuya rendición determinó. Las penalidades de los sitiadores de Perote fueron grandes, á causa de los temporales de Setiembre y de la inclemencia con que bate el recio viento la llanura donde está situada la fortaleza.

No obstante que el partido reaccionario aseguraba por la milésima vez que la religión, la patria y la sociedad estaban amenazadas de muerte, era considerable el aumento que tuvieron las fuerzas liberales, y la revolución probó que tenía suficientes elementos de vida y reproducción, reponiéndose violentamente de los golpes que recibía, tan notables como el de Ahualulco. El gefe Márquez que había tomado á Zacatecas, tuvo que abandonarla y se dirigió á Guadalajara que evacuó Degollado, saliendo las fuerzas liberales en distintos rumbos: no se sostuvieron porque carecían de cápsulas y parque necesario, sin embargo de lo cual defendieron el puente de Telolotán; y como la guerra civil pareció un juego de equilibrio, por esos días tomaron la fortaleza de Perote las fuerzas de Echeagaray. Se mostraba contenta la administración de Zuloaga esperando que Veracruz caería en poder de las tropas españolas que ya invadían á México dirigiéndose primero á Tampico; y como el gobierno español se presentaba propicio á Zuloaga, consideraron fácil los reaccionarios terminar las dificultades suscitadas con España, luego que el partido constitucionalista hubiera perdido los puertos del Golfo, creyendo las esperanzas por haberse presentado en las aguas de Veracruz algunos buques franceses de guerra. Los ministros frances é ingles, Gabriac y Otway, tenían frecuentes entrevistas con Zuloaga, y España se declaró decidida protectora de la reacción, dirigiendo frecuentemente notas á los gobiernos de Francia é Inglaterra con objeto de llevar la intervencion sobre México. Segun el gozo de los reaccionarios, parecía seguro

que se unirían sus esfuerzos á los de las escuadras extranjeras para el bloqueo de los puertos, pues el «Diario Oficial» declaró que los buques que aparecían en las aguas de Veracruz y Tampico no tenían miras hostiles hácia la República, «sino hácia los vándalos que atentaron contra los intereses de nacionales y extranjeros establecidos entre nosotros,» «y cuando era reconocido por nacionales y extranjeros que la revolución llamada constitucionalista, no era política sino social.» La prensa liberal, al contrario, invitaba á los militares á que no llevaran las armas contra Veracruz cuando se hallaba amenazado por buques extranjeros, y propuso que ante el peligro de perder la nacionalidad se abandonaran los rencillas de partido, aplazando para después la manera de gobernarnos; pero muy lejos de que se apaciguaran los odios y se cimentara la unión, insultaba la prensa reaccionaria á sus contrarios de cuantas maneras podía y también las fuerzas liberales del interior exasperaban á sus enemigos. Por eso la guerra que ámbos partidos siguieron haciéndose fué sangrienta y de represalias, al grado de no poderse en ninguna parte hablar de política en sentido contrario á las opiniones de las tropas que dominaban, si no era entre íntimos amigos.

No solamente se presentaron frente á Veracruz escuadras europeas, sino también los Estados-Unidos enviaron una para reclamar los perjuicios que ciudadanos norte-americanos habían sufrido y tratar del arreglo de otros asuntos pendientes; pero habiendo encontrado por parte de las autoridades de Veracruz buena disposición para satisfacer sus quejas, fué fácil un avenimiento, porque los norte-americanos, conforme á la doctrina de Monroe, veían con malos ojos que hubiera escuadras europeas en las aguas de México. Todos estos sucesos no pudieron ser apreciados en su verdadero valor por lo mucho que preocupaban los ánimos las operaciones militares en el interior. Dominando en el partido conservador los clérigos y los españoles, era por consiguiente afecto á los gobiernos europeos, así como el liberal, amante de las ideas modernas, volvía sus ojos hácia los Estados-Unidos. Creyendo el gobierno de Zuloaga oportuna la ocasión para tomar á Veracruz, arreglaba todo lo relativo á fines de 1858, después de una victoria que Miramon obtuvo en Atenquique; pero el gobierno constitucional no descansaba en prepararse para resistir, y pidió á los gobernadores de los Estados le auxiliaran estableciendo una nueva contribución para satisfacer las exigencias de Gabriac, que pedía el importe de los dividendos vencidos y garantizados por la aduana de Veracruz. El gobierno liberal esperó que con los subsidios de los pueblos tendrían mejor resultado los esfuerzos que se hicieran para conseguir la paz, y que no habría necesidad de apelar á la protección de los Estados-Unidos. Entretanto la industria y la riqueza pública consumíanse en la guerra fratricida, sostenida no por los que temían que la sociedad perdiera las ideas morales y se hundiera en la disolución, sino por los que á todo trance querían conservar los abusos y privilegios, costando esa pretensión porción de vidas más necesarias en un país tan poco poblado; confundíase la religión con los bienes materiales, y el orden con el despotismo; la tranquilidad había huido del hogar doméstico, con la pérdida de las esperanzas de mejora y adelanto que solamente puede procurar la paz. Una lucha que pareció concluirse á los primeros vaivenes, vivió con el poderoso auxilio del clero, no debe negarse, y pasó por diversas crisis; pero la humanidad y la civilización hacían grandes esfuerzos para recobrar sus prerogativas, y al fin lograron que sucumbiera la reacción demostrando que el derecho no había muerto.

La misma falta de una ley fundamental sirvió para destruir la administración que marchaba sin buscarla; vino á probar esa falta el nuevo escándalo que surgió con

el pronunciamiento que en el pueblo de Ayotla promovió el general Echeagaray, el 20 de Diciembre, por medio del plan en que pedía la reunión de un Congreso que formara la Constitución con arreglo á las necesidades del país, cuyo Código quedaría sujeto á la aprobación de los Departamentos, y mientras tanto ejercería el Poder Ejecutivo el mismo Echeagaray. Al saber Zuloaga esta inesperada revolución dispuso que la capital fuera puesta en estado de sitio y que se defendiera; dió de baja al general sublevado, y declaró conspirador á todo el que tuviera relaciones con el enemigo; estableció los pasaportes, prohibió las reuniones de paisanos, el toque de campanas, la venta de bebidas embriagantes, señalando la manera de vender el pulque, y redujo nuevamente á prisión al Sr. D. Manuel Doblado; dió un Manifiesto reprobando la conducta de Echeagaray. Todas las precauciones tomadas por Zuloaga quedaron sin valor, porque á las ocho de la mañana del 23 anunció el toque de diana en San Agustín, que se había sublevado el batallón de infantería que mandaba el teniente coronel D. Manuel Gual, aunque no en consonancia con el Plan de Ayotla, sino de acuerdo con el general Robles: era desconocido el gobierno establecido por el Plan de Tacubaya y se daba á los generales Robles y Echeagaray la facultad de designar, de acuerdo con la autoridad política, tres representantes que nombrarían una junta de personas notables de los Departamentos y residentes en la capital, con la misión de elegir Presidente interino y fijar las principales bases del gobierno, en tanto que pudiera ser expedida la Constitución. Fué reconocido jefe del movimiento en la capital el general Robles Pezuela, y secundado el Plan por algunas de las fuerzas que aquí residían.

El jefe Zuloaga ofreció á los sublevados que dejaría el gobierno si de su persona se trataba, pero que de ninguna manera abandonaría el puesto si se quería contrariar los principios políticos de su administración. A consecuencia de esta explicación y habiéndose adherido al Plan de Robles las fuerzas de la Ciudadela al mando del general Ovando y defecionado otras tropas con que contaba Zuloaga, pasó á Palacio el general Robles y quiso Zuloaga que se esperara la llegada del general Miramon para nombrar al nuevo Presidente, y que mientras tanto se le permitiera designar tres individuos que se encargarían de conservar el orden y la tranquilidad; pero no estando conformes los jefes pronunciados con dicha proposición, quedó celebrado un convenio según el cual se retiró el Presidente á las once de la noche del 23 y fué á la casa del ministro inglés con su familia, y en la mañana del siguiente día, 24, ocupó el Palacio el general Robles Pezuela, sin que se extrañara en el cambio otra cosa que la falta de actividad que hasta entonces habían seguido todos los negocios. El convenio fué arreglado en la casa del Lic. D. José María Godoy, donde se reunieron los generales Rosas Landa y Gamboa y el Lic. D. Sabino Flores, comisionados por Robles Pezuela, y los de la misma graduación Parra y Cosío en unión del Lic. Tavera, por parte de Zuloaga. Los nuevos revolucionarios creyeron que con el alejamiento de Zuloaga se lograría un avenimiento con el gobierno de Veracruz y la pacificación del país, considerando que ni el partido extremo conservador ni el constitucional tenían la fuerza suficiente para conseguirla; ellos se creyeron suficientes para inspirar confianza á las clases acomodadas y á las industrias y pensaban establecer un gobierno que contara con la buena fé de todos los partidos y con el apoyo de la opinión pública, sirviéndoles el fracaso tan completo que tuvo el Plan de Ayotla, al grado de quedar prisionero en Puebla el jefe Echeagaray, que ya pasaba por sospechoso entre los conservadores que le atribuían intenciones de unirse á los constitucionalistas; aunque á poco fué puesto en libertad.

No estando de acuerdo los conservadores, á cuya cabeza estaba Miramon, ni los constitucionistas, con el proyecto de una fusion, desconoció Miramon lo que habia pasado en la capital y colocó otra vez á Zuloaga en la Presidencia, ántes de que trascurriera un mes de haberla dejado. Desde que se supo que Miramon iba á restablecerlo, la casa de Zuloaga no dejó de estar llena de pretendientes; allí se redactaban circulares y aun se despachaban pequeños negocios de sus adictos, en tanto que Robles tentaba atraer á los constitucionistas á un lazo; Zuloaga opinaba porque Miramon fuera Presidente, pues le agradecia mucho que no lo quitara del Poder. En tanto que tenian lugar las efusiones de gratitud, crecian el desórden y la anarquía entre los reaccionarios, y tenian lugar arreglos por medio de los cuales Juarez iba á pagar las reclamaciones francesas é inglesas; por eso aumentaron las esperanzas de los constitucionistas que á la voz de ¡adelante! expedida en Veracruz, se movieron con vigoroso impulso. Restablecido Zuloaga en el Poder por un decreto de Miramon, poco habia de durar en el empleo quien se apoyaba en tan frágil base; el decreto relativo fué publicado por bando nacional, saludándolo los cañonazos y repiques á vuelo, y al acto de caridad de levantar al caido concurrieron en el salon de embajadores las autoridades y corporaciones, rodeando los ministros al resucitado Presidente, quien contestó al discurso de Miramon dando á éste toda la gloria y la grandeza que aquel acto reflejaria en la Historia, y contestó á otros discursos consolándose de que las cosas hubieran sido arregladas por la Providencia de la manera que pasaban; con todo esto quedó muy satisfecha la «parte sana» de la sociedad.

El restablecido Presidente dispuso que la falta temporal de su persona fuera cubierta por el que presidia en la Suprema Corte; que la renuncia seria tomada en consideracion por el Consejo, y en caso de vacante las juntas departamentales nombrarian al Presidente. Al restablecerse el gobierno de Zuloaga, dimitió el Ministerio, pero el Presidente no admitió las renunciaciones; fueron declarados nulos todos los actos ejercidos por Robles en asuntos de guerra, y aun el mismo Zuloaga dimitió y despues retiró su renuncia por medio del Ministerio, y dió un decreto declarando ser prerogativa suya nombrar el Presidente sustituto, para cuyo puesto designó á Miramon, decreto que tambien fué publicado por bando nacional y Zuloaga fué el primero en gritar ¡viva el Presidente!..... entregó el gobierno el 2 de Febrero, (1859) reservándose proplamente el Poder que tenia en sus manos y de cuyo ejercicio daba pruebas. Como de cuando en cuando sentia deseos de volver á ocupar la Presidencia, Miramon le llevó al interior á su lado y de allí se le fugó. Permaneció Zuloaga retirado y oculto hasta principios de 1861 en que apareció con el carácter de Presidente que él mismo se daba, y en ese año y parte del siguiente sostuvo una ruda campaña, hasta que marchó al extranjero regresando á México en Agosto de 1864; pero ya no volvió á tener ingerencia en la política.